

El museo de los afectos o el gabinete Roland Barthes

Verónica Bujeiro

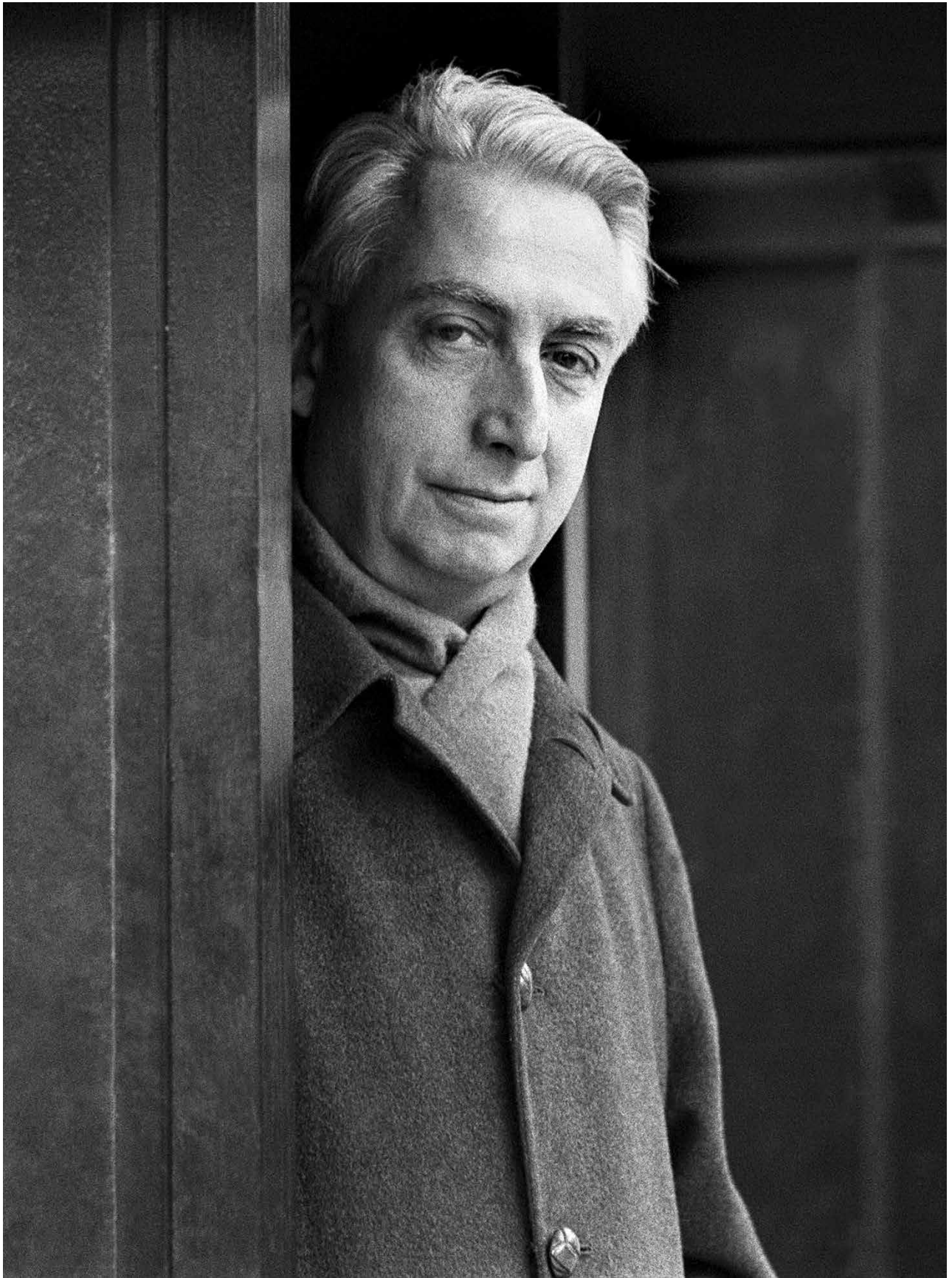
BAJO EL CRITERIO DE SELECCIÓN que obedecía a los tres reinos, materiales tangibles que anunciaban una otredad desconocida hasta entonces eran puestos en un cuarto de proporciones inciertas para deleitar a aquellos que guardan alguna curiosidad o morbo sobre lo que nos rodea.

Antecedentes directos del museo, estos cuartos o gabinetes cargaban a costas la curaduría, término moderno que designa la selección arbitraria del aventurero, el coleccionista o *flanèur* que a su paso captura para nosotros una peculiaridad del mundo. Pero más allá de esta presencia mediante la selección, el encargado de semejantes reuniones era invisible. Acaso la esencia de su ser lograba percibirse en el conjunto como un rasgo de personalidad compartida con aquellos objetos, una excentricidad contenida dentro de otra, pero sin ninguna pista que apuntara hacia el individuo más que en los títulos nobiliarios que acaso existían. Nadie sabía realmente los porqués de la discriminación que hacían elegir a este sujeto unos objetos sobre otros, la ruta de las sensaciones que convocaban a semejante reunión. Y es que ante la imperiosa necesidad de lo tangible resultaba difícil imaginar la disección de otro reino de lo existente, aquel que conforma la ruta de nuestra configuración más íntima: la de las sensaciones, y peor aun la de los afectos. ¿Cómo clasificar las tendencias efímeras del amor? ¿La disección de nuestras obsesiones y gustos?

Para imaginarlo quizás habría que hacer un breve ejercicio de ficción.

Al centro del gabinete se colocaría un sujeto incierto,¹ uno tentado por varias disciplinas y efervescencias históricas, pero que en realidad nunca se adscribió a ellas con la devoción de aquel que cree inocentemente en el poder de la transformación. Muy en el fondo este sujeto incierto sabe que no puede comprometerse con ninguna tendencia, y que acaso lo único que puede ofrecer con su insólita sensibilidad, brillantemente ejercitada en el arte de descifrar un mundo encriptado en signos, es él mismo. Este sujeto particular, objeto único de este museo, no es cualquiera, sino

¹ “Debería sin duda interrogarme en principio acerca de las razones que han podido inclinar al Collège de France a recibir a un ‘sujeto incierto’, en el cual cada atributo se halla combatido por su contrario”. Barthes, Roland, en “Lección inaugural de la Cátedra de Semiología literaria del Collège de France”, *El placer del texto y lección inaugural*, Siglo XXI Editores, México, 1996, p. 113



El filósofo francés Roland Barthes en París, 1979. (Fotografía: Ulf Andersen/Getty Images)

Roland Barthes, el único capaz de construir auténticos gabinetes sobre aquello que certifica nuestra verdadera existencia y da cuenta de ese motor impasible que ruge en nuestro interior.

Ante el cuestionamiento de cómo fijar semejante materia en el reino de lo tangible aparece la respuesta de la escritura, que mediante la conversión del cuerpo en lenguaje disecciona la materia vivida bajo la grafía, permitiendo un campo de exploración que más tarde aparecerá ceñido, cual celosa colección de objetos, bajo las tapas de un libro.

Como lección secreta de anatomía, Roland Barthes cultivó hacia el fin de su carrera la producción de una trilogía por demás insólita, en donde él mismo se colocaría como el centro de la reflexión. Dicha empresa, iniciada por la audacia autobiográfica del *Roland Barthes por Roland Barthes* (1975), ensayaba una escritura del *yo* que mostraba las trazas del diario, como una manera de acceder a la conciencia de uno mismo por medio de la escritura, pero también contenía la novedad de su reverso paradójico: el de la escritura como un ente capaz de reescribirlo a uno mismo. “Todo esto debe ser considerado como algo dicho por un personaje de novela”, sentencia un Barthes que juega a la huida, identificándose como el personaje de su propia ficción. *Roland Barthes por Roland Barthes* discurre entre fotos, anécdotas personales y revisiones críticas a su propia obra, haciendo un recuento puntual y sensible que se apoya en el recurso del fragmento para evadir el peso de establecer verdades y comenzar la audaz empresa de poner en el centro de la reflexión crítica a la cenestesia, al goce y el placer que atraviesan al sujeto.

Ya iniciado en la ruta, su siguiente entrega, *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977), se aventura a reconstruir la locuela, el discurso interno de aquel que ama en ausencia del ser amado. Tomando a Werther de Goethe como tutor, canon del personaje romántico, el propio Barthes se infiltra en las subidas y bajadas de la emoción de un cuerpo que siente el clamor de su exis-

tencia, pero que fracasa en el intento de consumarse en la constatación de un otro. En este libro Barthes accedió a las mesas de los *best sellers*, justamente porque logra configurar una subjetividad que se puede palpar como un objeto universal, digno de entrar en la ordenación de un reino aparte, uno reconocido por todos, pero de difícil vivisección dada su naturaleza voluble, que sin embargo halla dentro de estas páginas al taxidermista capaz de atraparlas y ponerlas frente a nuestra vista como el rastro de esa especie compleja que somos.

El libro que le sigue los pasos a estas dos sorprendentes entregas, *La cámara lúcida* (1980), nos transporta hacia la disección del acto de la mirada frente a una foto para constatar que detrás de ella no hay otra cosa más que la ausencia. Tomando como pretexto la fotografía, Barthes ensaya otro tema afectivo de difícil aprehensión: el duelo ante la muerte de un ser querido, en este caso la propia madre del autor. Barthes nos dice, y realmente lo sentimos al dejar de lado el texto: aquellas fotos que atrapan nuestra mirada nos flechan, *punzan* dentro de nosotros, declarando como su única verdad la brutalidad de un “esto ha sido”. Ensayando mediante el duelo personal, Barthes lanza en este libro la provocación del establecimiento de una ciencia tamizada por la argumentación de los humores y gustos de un sujeto, una *mathesis singularis*: “Nada que tuviera que ver con un corpus: solo algunos cuerpos”.² Por desgracia esta bella utopía quedó trozada con la fatídica muerte del autor el mismo año en que apareció este libro.

Muchos son los viajes y las aventuras que conformaron los gabinetes de curiosidades, pero la astucia de este aventurero sensible fue la de colocar al centro del cuarto de maravillas al sujeto. Acaso la especie más secreta y extraña, esa que justamente vemos todos los días al espejo. ■■■

² Barthes, Roland, *La cámara lúcida: nota sobre la fotografía*, Editorial Paidós, Barcelona, España, 1990, p. 37.